

»Estas, Señor, en este altar ponemos
Y á tu eterna grandeza dedicamos;
Dellas el querer libre te ofrecemos,
Y el nuestro al tuyo humilde sujetamos;
La integridad que conservado habemos
A tu deidad de nuevo consagramos,
Reconociendo que de ti le viene
A aquesta ofrenda lo mejor que tiene.

»Y pues que ves, oh Padre omnipotente!
Nuestra humildad y nuestro casto celo,
Y que uno y otro humilde y obediente
La cerviz inclinó al conyugal velo,
Acepta el don pequeño que humilmente
Sube á buscarte en tu abrasado cielo,
Y el sacrificio nuestro favorece
Y la encendida fe con que se ofrece.

»Y aquesta pura compañera amada,
De quien indignamente soy esposo,
Y en quien tu mano bienaventurada
Puso lo hermoso de lo mas hermoso,
Pues á mi amparo queda encomendada,
Y es tuyo el don, que me hace venturoso,
Para servirla, como yo querría,
De tu eterno favor, favor me envía.

Prostrada en tierra, en humildad profunda,
La que excede en pureza á las estrellas,
En quien la castidad su templo funda,
Y el casto amor enciende sus centellas;
La que á la beldad sola hizo coyunda,
De lazos ricos de sus luces bellas,
Alza los ojos, y pásmose el cielo
Del sol, que vence al que enriquece al suelo.

Y enamorando al mismo pecho eterno
Y sus bellas criaturas admirando,
Abre los labios de su coral tierno,
Sobre diamantes nácares mostrando;
Huyó corrido el duro yerto invierno,
Viendo en su boca al mayo hermoso y blando,
Y apenas vió la bella rosa abierta
El cielo, cuando abrió la hermosa puerta.

»Majestad, dice, gloria sin medida,
Mas bienes de voz gozo que merezco,
Los que tienen mi alma enriquecida,
Como vuestros, señor, os los ofrezco;
Vuestro es mi corazón, vuestra es mi vida,
Y el quererla por vuestra os agradezco;
Merezca serlo, y yo una humilde esclava,
Que la inmensa grandeza vuestra alaba.

»Bien sabeis, Dios, mi virginal deseo
Y de mi casto voto la entereza,
Que aquí de nuevo con mayor trofeo
Se la consagro á vuestra gran pureza;
Y como al yugo hermoso de Himeneo
Por servirlos, inclino la cabeza,
Y que un estado y otro humilde abrazo
Al alma unidos con estrecho lazo.

»Vos á mi amado Esposo me entregastes,
Que mejor que merezco me le distes,
Vos con candidas flores le aclamastes,
Y cual blanca paloma le escogistes,
Si vos de tanta gracia le dotastes,
Y de tanta pureza le vestistes,
¿Qué bienes no tendrá mi Esposo amado,
Si él es tan vuestro y vos quien me le ha dado?

»Y pues es escogido entre millares
El colorado y blanco casto Esposo,
Bajen, Señor, de los que en tus altares
Adoran siempre tu mirar glorioso,
Y de rosas, claveles y azahares
Traigan guirnalda á su cabello hermoso,
Coronando su gracia y su belleza,
Su virtud, su bondad y su pureza.

»Y pues á hablar á aquesta sierva envías
De los que cantan tus eternos loores
Y gozan siempre perdurables dias,
Causados con tus bellos resplandores,
Agora que dos almas tengo mías,
Que han de partir iguales los favores,
Tenga dellas mi amada casta prenda
Quien le ampare, le guarde y le defienda.

»Aquí, Señor, de tu divina mano
Algun favor aquesta sierva aguarda
Para Josef, que es ángel mas que humano,
En la pureza virginal que guarda;
Y siendo quien me guarda, caso es llano,
Que es mi Josef un ángel de mi guarda,
Y pues lo es, deciéndau los del cielo
A honrar al que los honra desde el suelo.

Dijo, y sellando el virginal tesoro
Que ámbur, almizcle y balsemo derrama,
Entra al palacio dando luces de oro
Una no vista abrasadora llama:
Turbó á la hermosa Virgen el decoro,
Y mas temió quien mas que á sí la ama;
El fuego al del altar dejó abrasado,
Y al cielo olió el palacio consagrado.

Y entre el humo oloroso que levanta,
Un admirable jóven aparece,
De luz tan bella y de hermosura tanta,
Que á la misma hermosura se parece;
Una corona de azucenas santa
Sobre sus hebras de oro resplandece;
De estrellas sobre nieve es su vestido,
Con una cuerda virginal ceñido.

Pasmó á Josef del ángel la presencia,
Aunque otras veces visto los habia,
Mas la que tiene ya mas experiencia
Del trato mucho de su compañía,
Con gozo humilde y santa reverencia
Recibe alegre al que su Dios le envia;
El á los dos como á sí mismo estima,
Y alegre al uno adora, al otro anima.

»Criaturas santas, dice, que en el suelo
Aquesta casa, que con miedo piso,
Hacéis retrato del hermoso cielo
Con los bellos de Dios que daros quisio;
Miró el Señor vuestro virginal celo,
Oyó de la oracion el cuerdo aviso,
Olió el olor de vuestros sacros dones
Y aceptó vuestros castos corazones.

Y quitando de su cabeza rica
De azucenas la cándida corona,
Al tesoro de Tíbar se la aplica
De la sola castísima matrona;
Su gracia y hermosura multiplica
Y el número del monte de Helicon,
Y de las gracias el virginal tesoro,
Que mas que ellas le dió su autor eterno.

La virginal pureza coronada,
En cuyo pecho real honrada vive,
El ángel dice: «Esposa regalada
Del que mayores premios te aperebe,
En prendas de la fe á tu fe guardada,
Esta corona celestial recibe,
Mientras gloriosa llega la de estrellas,
Premio debido á tus madejas bellas.

»Y vos, Esposo bienaventurado,
Pues que lo sois de la mujer mas buena,
Vos, que la mujer fuerte habeis hallado
De la mancilla de la culpa ajena,
Vos, á quien el amor eterno ha dado
La Esposa amada de su gracia llena,
Vos de su joya rica tesorero
Y de su paraíso jardinero;

»El que los corazones escudrina
Y quiere mejorar vuestra ventura,
Me manda que con esta cinta os cina
La siempre casta virginal cintura,
Y que del fomes la continua riña,
Que contra vuestra integridad procura,
Pacificque, y el vaya encadenado
De vuestro casto pecho desterrado.

Esto diciendo, con estrecho abrazo
Se junta alegre al escogido Esposo,
Y desceñiendo su estrellado lazo
Cíñe con él al casto venturoso;
Después juntando el uno y otro brazo
Los echa tiernos á su cuello hermoso;
Queda ligado el fomes del pecado,
Y queda el Santo en tal favor pasmado.

CANTO VII.

De la Anunciacion de nuestra Señora.

El animal del vellocino de oro,
Que fué barquilla á la fraterna carga,
Cuya mitad con repentino lloro
Añadió el nombre de la mar amarga,
Que su piel de riquísimo tesoro
Jason soberbio de robar se encarga,
A quien la encantadora favorece,
Que el dragon y los toros adornece;

Con su preciosa codiciada lana
En el zodiaco eterno trasladado,
Por donde el rojo hermano de Diana
Lleva el carro de estrellas matizado,
El cristal de su casa soberana
Al huésped abre del color rosado,
Que de los peces las escamas frias
Deja por igualar noches y dias;

Aumenta con sus rayos la riqueza
Del oro fino que le adorna y viste,
Excediendo la luz de su belleza
Al topacio, diamante y amatiste;
Sacude el sol dorado la cabeza,
Algo mojado del invierno triste,
Y entre la lana de oro recostado,
Descansa alegre del rigor pasado.

Toma calor entre la lana rica,
Y esparciendo sus rayos inmortales,
A los nevados montes los aplica,
Convirtiendo sus nieves en cristales;
De la tierra la gracia multiplica,
Y hermoso muestra el rostro á los mortales,
Que mirando que el hielo se le atreve,
Le escondió mustio entre la escarcha y nieve.

Conoce del planeta que le alienta
El calor deseado, que la ablanda,
Y lo que fué al invierno de avarienta,
Es á sus rayos liberal y blanda;
Rompe sus venas y el verdor revienta,
Y á los árboles yerba y flores manda,
Que en abundante copia se apereban
De su gracia y beldad y al sol reciban.

Saca la rubia jardinera Flora
Sus jardines, sus parques y pensiles,
Saca el rosado sol, que al Aries dora,
Un marzo hermoso mas que mil abrilles;
Derrama flores la celada aurora
De entre sus hebras ricas y sutiles,
Y el cuerno de la copia de Amaltea
La tierra helada ilustra y hermosea.

El tronco seco alegre reverdece,
Y en fecunda preñez da muestra clara
Del fruto dulce que á su dueño ofrece
De miedo oculto entre la seca vara;
En tiernos ramos con belleza crece,
Con las hojas cubriéndose la cara,
Que le hacen sombra los gallardos brazos
De los renuevos que se dan abrazos.

La comun madre muestra descubierta
La cabeza de flores adornada,
Antes del pardo invierno helada y yerta,
Ya de verde esperanza coronada;
Y abriendo al sol dorado franca puerta,
Da al campo la librea deseada
Del alhelí, mosqueta, lirio y rosa,
Del clavel bello y azucena hermosa.

Los aires mas delgados y suaves
Vierten blandura, gozo y alegría;
Pisanle alegres las pintadas aves
Al son de su acordada melodía;
Echase al agua verde corvas naves,
Libres de Oríon y de su furia fría;
Viene el ave que es huésped del hombre,
Que vió en la tela de su hermana el nombre.

»Virgen siempre graciosa y agradable,
Que los ojos de Dios bella enamoras,
Y con tu dulce agrado y gracia afable
En las de Dios gozosa te mejoras;
Graciosa que al eterno y perdurable,
Cuya gracia divina en ti aesoras,
De la tuya le traes preso y rendido,
Siendo tu gracia de su gloria nido.

»Siempre graciosa, que en tu afable agrado
Al cielo y tierra en tu afición cautivas,
Mejor que aquel en la castilla hallado
Al Rey que le ofreció las llamas vivas;
Mejor que el joven preso y envidiado
Al alcaide en las cárceles esquivas,
Mas que á Artajerjes Esdras el cautivo,
Mas que Tobías al Asirio altivo.

»El Señor es contigo, Virgen mia,
Por esencia, potencia y por presencia;
Es contigo, castísima María,
Unido por su gracia á tu excelencia;
Es contigo, divina luz del día,
Por continuo favor de su asistencia;
Contigo está desde el primer instante
Que unió á tu cuerpo el alma á el semejante.

»Toda la Trinidad, Virgen preciosa,
Está contigo; el Padre sempiterno
Como en su hija querida siempre hermosa,
Como en su Madre amada el Hijo eterno;
El amor de los dos como en su Esposa,
Que su Esposa te hace su amor tierno;
Contigo está tu Dios por tales modos,
Que está en ti mas glorioso que está en todos.

»Este que está contigo quiere agora
Ser de ti misma, por tan alta suerte,
Que si hasta aquí en su gracia te mejora,
Por Madre suya quiere engrandecerte;
Quiere ser siervo, porque seas Señora,
Su Madre y nuestra reina quiere hacerte,
Siendo tu Hijo, el que es gloria del Padre,
Tú del Verbo de Dios intacta Madre.

»Bendita tú entre todas las mujeres,
Y entre todos los ángeles bendita,
Bendita sobre el cielo y tierra eres
De aquel que el cielo, tierra y mar habita;
Bendita que á la vida te preñares,
Que la paz de Betulia solicitas,
Mas que Jael, que al capitán dormido
Cosió con la que en vano habla á su oído.

»Sola bendita entre los descendientes
De aquel que esposo fué de su costilla,
Pues sola á ti de todos sus parientes
No alcanzó de la culpa la manilla;
Bendita te dirán todas las gentes,
Trono de Dios y de su gloria silla,
Bendita desde el punto venturoso
Que bajó el alma bella al cuerpo hermoso.

»Bendita por el parto que te espera,
Por tu entereza virginal bendita,
Bendita sin segunda la primera,
Que Dios para su madre solicita;
Sola bendita, pues la culpa fiera
Vences de quien por ella fué maldita;
Siempre bendita de tu autor eterno,
De Dios regalo, asombro del infierno.»

Turbóse la doncella palestina,
Cual suele hermosa virgen que olvidada
Nácares varios coge en la marina
Y las conchueñas que escogerte agrada,
Que de repente ve la nao vecina,
Y temerosa, atónita y turbada,
A irse ni á quedarse no se atreve,
Y deseando volar, el pié no mueve.

Turbóse la castísima doncella
Viendo al embajador con nuevo traje,
Turbóla oír de la persona bella,
Siendo ella tan humilde, tal lenguaje;
Pierde el rojo color la clara estrella
A la gran Majestad del real mensaje;
Vuelve y revuelve dentro el alma fría
El traje, la embajada y cortesía.

»No temas, dice, y su divino nombre,
De verme, cual me ves, en traje ajeno,
Ni que Gabriel te adore en forma de hombre,
Pues baja á serlo el sumamente bueno;
Ni mi mensaje altísimo te asombre
Rico de bienes, de misterios lleno,
Ni te espante te adore como á reina,
Pues eres madre del que eterno reina.

»Aquello que Dios es, solo no fuiste,
Todo lo que no es Dios atrás dejaste,
Al Serafín purísimo excediste,
Al Querubín mas sabio aventajaste;
La gracia que perdió la madre triste
Acerca del Señor dichosa hallaste;
Pues la perdida gracia ha parecido,
Por ti la cobrará quien la ha perdido.

»En tu vientre santísimo, Señora,
Concebirás con sumo regocijo
La imagen viva, que en el Padre mora,
La palabra que eternamente dijo;
Aquella Luz de luz que el cielo adora,
Hijo siendo de Dios será tu hijo,
Que eternamente nace del sin madre,
Y en tiempo nacerá de ti sin padre.

»Jesus has de llamar al Niño tierno;
Será grande y de Dios Hijo llamado;
Darále el cetro, el trono y el gobierno
Del mansueto David, su padre amado;
Pondrá su solio, que lo será eterno,
En la gran casa de Jacob sagrado;
Será sin fin su reino, ilustre y fuerte,
A pesar del infierno y de la muerte.»

Vuelve el rojo color al blanco gesto,
Y con un mirar grave y encogido,
Alza el divino rostro siempre honesto,
Y deja al del Arcángel encendido;
»Arcángel, dice, ¿cómo ha de ser esto,
Que voto de pureza he prometido?
Cómo ha de ser, que aunque el misterio creó,
El cómo, ángel de Dios, saber deseo?

»De tu embajada cierta estoy en ella,
Mas el cómo de ti saber querría;
¿Cómo el sol caer puede en una estrella
Y el mar en una concha que el mar cria?
¿Cómo su madre quedará doncella?
¿Cómo madre y doncella ser podría?
¿Cómo puede ser niño el que es gigante?
¿Cómo varon desde el primer instante?

»Cómo se estrechará la omnipotencia?
¿Cómo el inmenso se verá abreviado?
¿Cómo el sayal de nuestra descendencia
Cubrirá al preciosísimo brocado?
¿Cómo de tres, que son uno en esencia,
El uno solo se verá humanado?
¿Cómo este solo, de los tres segundo,
Con dos naturalezas saldrá al mundo?»

»Al cómo que me pide tu deseo,
El celestial Embajador responde,
El hombro encojo y mi ignorancia veo,
Que á la que del me muestras corresponde;
Cerró tras sí las puertas Eliseo,
Dentro su pecho eterno el cómo esconde;
El Serafín mas alto ciego queda:
No hay sino Dios quien alcanzarlo pueda.

»Sé que dijo á Abraham tu ilustre abuelo,
Cuando pronosticando de sus gentes
El cautiverio en el egipcio suelo,
Donde estarían sus caros descendientes,
Que vendría tiempo en que, apiadado el cielo,
Libertad diese á los hebreos ausentes
En la progenia cuarta, que es, Señora,
La que en ti quiere que se cumpla agora.

»Y porque mas lo que te digo cuadre,
Las tres generaciones han pasado:
La primera, que fué sin padre y madre,
En que el hombre primero fué criado;
Otra sin madre, de que Adán fué padre;
Otra en que cualquier hombre es engendrado;
Será la cuarta, Virgen venturosa,
Sin padre, de una madre siempre hermosa.

»Y si ha de nacer Dios, ¿no es cosa clara,
Virgen perpetua y soberana Estrella,
Que ha de nacer de la pureza rara
De una Virgen, quedando virgen bella?
Y si el ordena que una Virgen pára,
Y que después del parto sea doncella,
¿A quién sino á Dios solo parir puede,
Pues puede hacer que madre y virgen quede?

»Tú, Virgen bella, siempre virgen fuiste,
Y serlo eternamente á Dios votaste;
Estimó el sacrificio que le hiciste
Cuando tu integridad le consagraste;
Tú eres la que á ti misma ver quisiste,
Y ser esclava tuya deseaste,
Deseando ver en tus dichosos días
La doncella cantada de Isaias.

»Descenderá al misterio sacrosanto
El que Espíritu Santo el cielo nombra,
Donde con gloria y admirable espanto
La virtud del muy Alto te hará sombra;
Y así, lo que naciere de ti santo,
Hijo de Dios santísimo le nombra,
De la preñez de tu parienta infiere
Que á Dios no es imposible lo que quiere.

»Propuesto he la santísima embajada,
Encomendada á aqueste indigno paje;
Espero la respuesta deseada
Para remedio del mortal linaje:
Responde, Virgen pura preservada,
Responde á mi santísimo mensaje;
Mira que de tu boca hermosa pende
Ser hombre Dios, que serlo en ti pretende.»

La humildísima Virgen encogida
A la grandeza del mensaje grave,
Mira la dignidad no merecida,
Que en su pico le trae la inmortal ave;
Y asegurada ya de la venida
Del que hizo el cielo y dentro del no cabe,
La respuesta al mensaje sacrosanto
Dirá gozosa en el siguiente canto.

CANTO VIII.

De la Encarnación del Hijo de Dios.

Perpetua Virgen, gloria de la tierra,
Espejo claro donde Dios se mira,
Cifra divina donde amor encierra
Lo que enamora á Dios y al cielo admira;
Paz deseada de la antigua guerra,
Belleza que reporta á Dios la ira,
Puerta del cielo, de su gloria templo,
Fénix de gracia, sola sin ejemplo:

Divina Madre de misericordia,
Vida, dulzura y esperanza nuestra,
Reparadora del de la discordia,
Que causó la que á Adán la fruta muestra;
Casa de la pacífica concordia,
De la humildad dignísima maestra,
Oráculo infalible, fuerte escala,
Que en el pecho de Dios su gloria escala:

Mirad, divina y soberana estrella,
Que Dios aguarda del clavel y rosa
Con que os enriqueció la boca bella,
El sí que siempre os ha de hacer dichosa;
Ved que á la dignidad de ser doncella
Quiere juntar la de su madre hermosa,
Que siendo siempre Virgen seas fecunda,
Fecunda Madre y Virgen sin segunda.

Mirad á Dios, que el sí dichoso aguarda,
Que ha de ser llave de su eterno pecho,
Para enviar al Hijo, que en el guarda,
Al talamo que en vos amor ha hecho;
Ved que al Hijo parece que se tarda
El sí que ha de juntar en lazo estrecho
Al supuesto de Dios nuestra flaqueza,
Y la humildad del hombre á su grandeza.

Mirad que el Santo Espíritu inflamado
De los corales de esa boca pende,
Y que alma y cuerpo os ha santificado
Para este sí divino que pretende;
Ved que espera, y cual tierno enamorado,
El sí que se dilata mas le enciende;
Mirad que aguarda el sacro consistorio
El sí del jamás visto desposorio.

Mirad los soberanos escuadrones
Que ven á Dios en las etéreas sillas,
Asomados del cielo á los balcones,
Esperando las nuevas maravillas,
Y que en nombre de todas sus legiones
Espera el sí prostradas las rodillas
El bello Embajador, que solicita
El bien del preso que en el limbo habita.

Mirad del cielo las esferas bellas
Paradas á escuchar el sí dichoso,
Para que baje por en medio dellas
El Verbo eterno á vuestro pecho hermoso;
Y mirad hechas lenguas las estrellas,
Pidiendo el sí para su autor glorioso;
Mirad al sol y luna, que os vocean,
Que renovarse en vuestro sí desean.

Mirad del cano Adán el triste llanto,
Ved el dolor de la engañada Eva,
Mirad el coro de profetas santo,
Que el ansia antigua en vuestro sí renueva;
Escuchad de David el tierno canto,
Que arrebatado en vos, en Dios se eleva,
Procurando que déis el sí dichoso,
Que ha de hacer cielo vuestro vientre hermoso.

Ved los ancianos padres derramando
El corazón entre las graves canas;
Mirad los patriarcas renovando
En vos sus esperanzas soberanas;
Escuchad los suspiros que estan dando
Al son de las cadenas inhumanas,
Vuestros nobles santísimos abuelos,
Que en Adán ofendieron á los cielos.

Mirad de vuestro padre Joaquin grave
Las blancas canas llenas de rocío,
Suplicando que déis el sí suave
Que al limbo oscuro dejará vacío;
Vuestra madre con vos, Señora, acaba
Que déis el sí que, sollozando al frío,
Ha de poner la gloria de los cielos,
Siendo los dos de vuestro Dios abuelos.

Sed obediente, Virgen sin manilla,
A vuestros padres como siempre fuistes;
Ved que el yugo tirano los humilla
A ser esclavos en prisiones tristes;
Ved que ante vuestros padres se arrodilla
La escuadra ilustre de quien descendistes,
Rogándolos que os pidan, Virgen bella,
El sí en que habeis de ser madre y doncella.

Si esto no mueve, celestial Señora,
A lastima y piedad el pecho hermoso,
Muevale ver que enternecido llora
Por este sí divino vuestro Esposo;
Mirad que humilde os ruega, y ved que ignora
Que sois vos á quien pide el sí glorioso,
Y vos sabeis que el sí de vos aguarda
Que le ha de hacer de Dios ángel de guarda.

Ved, Virgen bella, cuanto á los dos cuadre
El sí de tierra y cielo deseado,
Pues vos seréis de Dios divina madre,
Y él del Hijo de Dios padre llamado;
El con el nombre del eterno Padre,
Del Hijo eterno como Padre amado,
Vos digna Emperatriz del alto cielo,
El Vicepadre del que espera el suelo.

El ha de ser criador del que le cria,
Vos amparo fiel del que os ampara;
El del que el cielo alegra el alegría,
Vos el reparo del que á Adán repara;
El de Jesús la amada compañía,
Vos de los dos esposa y madre cara;
El de vos y Jesús guarda y sustento,
Vos de Dios y Josef gloria y contento.

La tierra os pide á Dios, al hombre el cielo,
 A Dios y hombre la justicia inmensa,
 La paz, que de vos pende, pide el suelo,
 La paga el hombre de su injusta ofensa;
 Los ángeles con amoroso celo
 Os piden de sus sillar recompensa,
 El enfermo salud, la vida el muerto,
 La vista el ciego, el navegante puerto.

Vos sois el sol, en cuyos resplandores
 Pondrá su tabernáculo glorioso
 Dios hecho esposo, que vertiendo amores
 Saldrá de vuestro talamo precioso;
 Vos sois la vara de las bellas flores,
 Y vos el arco del maná sabroso,
 Del olmo Cristo enamorada vedra,
 Engaste rico de la eterna piedra.

Vos sois la que á vos misma deseastes,
 Vos la misma que á vos servir quisistes,
 Vos la que dichosisima os llamastes,
 Vos la que á vos el dulce sí pedistes,
 Vos quien porque á ser sierva os humillastes,
 El ser Señora nuestra merecistes,
 Vos quien vuestra humildad subistes tanto,
 Que á Dios bajáis á vuestro gremio santo.

Vese la hermosa Virgen obligada
 Del mismo Dios, del cielo, de la tierra,
 De los ángeles santos descada
 Y de aquellos que Adán consigo encierra;
 Vese del justo y pecador llamada
 Para las paces de la antigua guerra,
 De su Josef amado el llanto escucha,
 Y de sus padres la congaja mucha.

Atiende á la embajada soberana,
 Y aunque segura de la tierra nueva,
 Suspende el sí con ciencia mas que humana,
 Por no imitar á la ligera Eva;
 Ni pretende, cual otra Sara anciana,
 Hacer risa el favor que en Dios la eleva,
 Ni como Zacarias quedar muda,
 Pues su fe firme no consiente duda.

Llegado el tiempo alegre y venturoso
 De las inescrutables maravillas,
 La Virgen bella con licor precioso
 Humedece las cándidas mejillas;
 Alza los brazos á su autor glorioso,
 Prostradas por el suelo las rodillas,
 Y el corazón en lágrimas deshecho,
 Envía á los ojos el humilde pecho.

« Arcangel, dice, bienaventurado,
 Embajador fiel que el alma alaba,
 Del Rey supremo mensajero alado,
 Que me ofreces mas bien que deseaba;
 Ves aquí del Señor que te ha enviado
 La mas que indigna sierva, humilde esclava,
 Mi voluntad le ofrezco, si ya es mia;
 Cúmplate en mí la del que á mí te envía. »

El eco dulce de las nuevas ciertas
 Llegó al alcázar del palacio hermoso;
 El cielo abrió las estrelladas puertas
 De par en par al dulce sí dichoso.
 Y las del pecho de su Autor abiertas
 Para enviar al Todopoderoso,
 Sale glorioso de su eterno Padre
 Al limpio pecho de la Virgen Madre.

Las puertas de zafir se estremecieron,
 Resonaron los ejes celestiales,
 Los quicios de diamante se sintieron,
 Pasmáronse los coros inmortales;
 Los montes con sus ecos respondieron,
 Encalmó el mar los húmidos cristales,
 El aire quedó mudo, absorto el fuego,
 Suspensó el mundo en general sosiego.

Cual suele rayo al viento sacudido
 De la mano de Jupiter vibrado,
 Que mas hiere á quien ha mas resistido
 El fuego abrasador de que va armado,
 Que encuentra el arco donde halló escondido
 El tesoro riquísimo guardado,
 Que sin abrir el arco hurta el tesoro,
 Y dejándola sana, abrasa el oro;

Así el rayo del sol omnipotente,
 Rayo de lumbré y de grandeza inmensa,
 Baja, rompiendo el aire trasparente,
 Para hacer por el hombre recompensa.
 Halló el arco de cedro refulgente,
 Y entrando en ella sin hacerla ofensa,
 Abrasó de su amor el casto pecho,
 Quedando en él el infinito estrecho.

Entró cual por espejo cristalino
 Rayo de resplandor maravilloso;
 Quedó cual queda dentro el nácar fino
 La perla que produjo el sol hermoso;
 Enriqueció el sagrado vellocino
 El rocío del Todopoderoso,
 Quedó llena de luz la Virgen bella,
 Ella del sol vestida y el sol della.

Pasmóse la sagaz naturaleza,
 Y del portento con razon se asombra:
 Ve que es primor que excede á la destreza
 Que por varia bellissima la nombra;
 Viendo que hay fuerza de mayor grandeza
 Y que hace Dios al caso raro sombra,
 El hombre encoge, y con asombro mira
 La concepcion que ignora y que la admira.

Formaron en el gremio alabastrino,
 De sangre pura de la niña hermosa,
 El padre, el hijo y el amor divino
 Un cuerpo hermoso de elavel y rosa,
 En belleza y tamaño peregrino,
 Que apenas de su forma artificiosa
 Se ven distintos miembros y facciones,
 Hechas con soberanas perfecciones.

Hace la sombra con sus alas bellas
 El paraeto amor que el cuerpo labra;
 Entra el Rey inmortal de las estrellas,
 Sin que el gremio virgineo rompa ó abra;
 Y en sus entrañas sin horror de vellus
 Se deposita la inmortal palabra,
 Uniendo la mortal naturaleza
 A la persona de infinita alteza.

Unióse al cuerpo el alma venturosa,
 El cuerpo y alma á la persona eterna,
 El alma en aquel punto fué gloriosa
 Gozando de la gloria sempiterna;
 El Verbo por virtud maravillosa
 En su persona á la deidad coeterna
 Las dos naturalezas suposita
 Uniendo la mortal á la infinita.

En solo un punto, en un pequeño instante
 Fué el sér humano al sér de Dios unido,
 Y en el primero fué el divino infante
 Varon sabio, perfecto, aunque encogido;
 Y siendo al Padre eterno semejante,
 A cuya esencia está continuo asido,
 Gozando de la gloria de su pecho,
 Siente y padece en el lugar estrecho.

Si en la Trinidad santa y inefable
 Personas tres y una substancia hallamos,
 En esta union divina y admirable
 Una persona y tres substancias damos;
 Si hay en aquel misterio inescrutable
 Tres que uno son, y tres y uno adoramos,
 En este hay tres en uno, que es eterno,
 La carne, el alma, el Verbo sempiterno.

Aquestas tres por soberana suerte
 Son uno en unidad de la persona,
 Quedando el fuerte llaco, el flaco fuerte,
 Y Dios ceñido en la virginea zona;
 El que es vida de Dios, sujeto á muerte,
 Niño el que el cielo por su autor pregona,
 El infinito con mortal renombre,
 Pasible el impassible, hecho Dios hombre.

Por esta bella union divina y pura
 El hombre es Dios, es madre una doncella;
 Disfraza Dios su gloria y hermosura,
 Cerca al fuerte varon la mujer bella;
 Al resplandor del Padre su criatura,
 Al mar su concha y á su sol la estrella,
 Al cielo el mundo, al mundo un puño abarca,
 Y al piélago de Dios la estrecha barca.

Los espíritus bellos que esperaron
 Del real palacio á la sagrada puerta,
 El sí divino apenas escucharon
 Por quien la de los cielos será abierta,
 Cuando todos humildes adoraron
 Del preso antiguo la esperanza cierta,
 Reconociendo todos por Señora
 A la que el Verbo eterno en sí atesora.

Bajan de la dorada impírea cumbre
 De espíritus escuadras venturosas
 Al Palacio, que esparce nueva lumbré,
 Volviendo las del cielo mas hermosas;
 Llegas alegre la bella muchedumbre
 Vertiendo flores, derramando rosas,
 Para hacer guarda á la pequeña casa,
 Que es cielo rico del que al cielo abraza.

Arrebatada en éxtasis suave
 La intacta Virgen en su vientre adora
 Al que hizo el cielo y dentro del no cabe,
 Y ya en su casto seno humilde mora;
 La gloria de su pecho sola sabe,
 Que tanto gozo mi rudeza ignora;
 Ella lo diga, que ella sola puede,
 Pues que su gozo al mismo gozo excede.

Gózase la bellissima criatura
 De que el Verbo de Dios madre la nombre;
 Gózase en ver que dió su sangre pura
 Para la rica redencion del hombre;
 Gózase en ver su integridad segura,
 Aunque de estarlo con razon se asombre;
 Gózase en que al misterio soberano
 Creyese firme el corazón humano.

Gózase en que el palacio resplandece
 Con nueva lumbré que la suya aclara;
 Gózase en ver que el casto vientre crece
 Sin corrupcion de su pureza rara;
 Gózase en ver que el alma se enriquece
 A la corriente de la fuente clara,
 Que mas gracia se alcanza de mas cerca,
 Y mas la que la gloria de Dios cerca.

Gózase en ver que su Josef amado
 El alma media de su pecho hermoso
 Tiene de hallar en su jardin cerrado
 El árbol por quien ha de ser dichoso;
 Gózase en ver que en su heredad le ha hallado,
 Y que es cual la heredad del noble Esposo,
 Pues es ella la tierra sacrosanta
 Donde el árbol de vida se trasplanta.

Gózase en ver que el rico carpintero
 Para el eterno y inmortal tesoro
 Ofrece al soberano perulero
 El arco virginal de cedro y oro;
 Gózase en que su Esposo verdadero
 Da su casa al que rige el sumo coro,
 Gózase en ver la parte que le alcanza
 Del bien que ha de cumplirle su esperanza.

Quedó el divino mensajero alado
 Como á discreto siervo le acontece,
 Que llegando el señor que la ha enviado,
 Humildemente calla y enmudece:
 Gabriel, de su Criador cortés criado,
 La embajada á la Virgen bella ofrece,
 Llegas al Señor el sí que rompió el cielo,
 Y el vase renovando alegre el vuelo.

Salé la Virgen con la dulce carga
 Hecha custodia de su autor glorioso;
 Salé Josef, á quien se le hace amarga
 La vida ausente de su bien hermoso;
 Ella quisiera darle cuenta larga
 Del misterio que le hace venturoso,
 Mas al secreto el hijo la provoca,
 Y al corazón que no salga á la boca.

Con ser Josef el alma de su vida,
 Con ser Josef la vida de su pecho,
 Con ser della la cosa mas querida
 Después del que hizo cielo el vientre estrecho;
 Con ser el bien y gloria sin medida,
 Que goza del eterno niño hecho,
 Encubre con valor sabio y discreto
 A su mitad el celestial secreto.

¿Qué mujer de sí misma se fiara?
 ¿Cuál á su esposo no se descubriera?
 ¿Cuál el misterio celestial guardara
 De un justo que callar tan bien supiera?
 ¿Y cuál su gloria no comunicara
 Al que su bien, su padre y dueño era?
 ¿Cuál, sino sola aquesta Fénix sola,
 Emperatriz de la estrellada bola?

Llega Josef, á quien su Esposa aguarda,
 Cuando la temerosa noche oscura
 Las negras alas bate mas gallarda,
 Derramando el silencio que procura;
 Cuando corona su cabeza parda
 De las estrellas de la esfera pura,
 Llegando al fin de la mitad del vuelo,
 Comun descansa del cansado suelo.

Llega de su trabajo fatigado
 A buscar el descanso de sus ojos,
 Llega á buscar el casto enamorado
 La luz hermosa de los soles rojos;
 Llega á buscar el alma que ha dejado
 Entre los hermosísimos despojos,
 Llega á buscarse á sí, que está perdido
 Ausente el bien que el cielo le ha ofrecido.

Salé la Virgen bella deseosa
 De ver al Justo que en su amor la inflama;
 Salé á buscar la santidad preciosa
 Del Esposo castísimo que ama,
 Y con voz agradable y amorosa
 Al dichoso consorte alegre llama.
 Llega Josef ante sus rayos bellos,
 Ciego á la claridad que mira en ellos.

Mira que de los diáfanos cristales
 De los hermosos ojos de paloma
 Proceden unos rayos celestiales,
 De donde el sol la luz prestada toma;
 Mira que á las ventanas virginales
 Entre su claridad el sol se asoma,
 Que aquella luz á la del cielo excede,
 Pues resplandor mas bello darle puede.

El gran Josef turbado se deslumbra
 Cual el que mira su encendida casa,
 Que aunque su mucha luz de fuera alumbra,
 De dentro el fuego muestra que se abraza;
 Mira á su Esposa, que cual sol relumbra
 Y que su luz de mas que humana pasa,
 Pues ve en las de sus ojos, siempre bellas,
 De la deidad de Dios vivas centellas.

Que si al mártir primero apedreado,
 A quien el vaso de eleccion se debe,
 Mostró su rostro bienaventurado
 Cual un hermoso de los coros nueve;
 Si al tartamudo por Termute hallado
 El pueblo á ver su rostro no se atreve,
 Por el divino resplandor que ofrece
 De haber visto al que en Sinai le aparece;

¿Qué mucho que Josef quede suspenso
 Entre las luces de los bellos soles,
 Si el del pecho de Dios con gozo inmenso
 Los dora con sus claros arreboles?
 Qué mucho ciego el resplandor intenso
 Del oro, que hace ricos sus crisoles,
 Se turbe, pame, tema, espante, admire,
 Se-eleve absorto y deslumbrado mire?

Conoce que en su pecho se derrama
 Nueva alegría entre el desasosiego;
 Siente que en Dios con nuevo amor se inflama
 Como el que está mas cerca de su fuego;
 Ve vuelta un sol la Esposa que en Dios ama,
 Vese en ella cual quien le mira ciego,
 Ve que entre miedo y gozo se arde y hiela,
 Que la luz que le abraza le consueta.

Ciego y alegre entre su luz serena,
 Respeta humilde al alma de su vida,
 Llena de Dios y de pecado ajena,
 Para tan gran favor sola escogida;
 Siente su casa de consuelos llena,
 De nuevo resplandor enriquecida;
 Las paredes le infunden un respeto,
 Que le hacen desear ser mas perfecto.

« ¿Qué es esto, dice, soberano mostro,
Milagro celestial del que te cria?
Que luz esparce tu divino rostro,
En que abrasada el alma queda fría?
Virgen hermosa, a la deidad me prostro,
Que en tu vista gloriosa ve la mía;
Que aquece resplandor inaccesible
Ser de mortal criatura es imposible.

» Dulce María, ¿qué divinas luces
Envías al que en tu amor está deshecho?
¿Cómo en mi alma tan gloriosa luces,
Que ya le viene aqueste cuerpo estrecho?
Miro entre aquesos bellos arcaduces
Los arroyos de gloria de tu pecho:
¿Qué paraíso en el guardado tienes,
Que esparces gozos de inmortales bienes?

» Hermosa nube a quien el sol embiste,
Bordándole de claros resplandores;
Divina luna que de luz te viste,
Multiplicando alegre tus favores;
Trasparente cristal que le resiste,
Y sin quebrarle toma sus colores;
Espejo herido de su luz atíva,
Que como él mismo de la vista priva.

» Nube, luna, cristal, espejo hermoso,
¿Has visto alguna luz que te mejora?
¿Viste de algún espíritu glorioso
El rostro bello y en el tuyo mora?
¿Viste el trono de Dios maravilloso
Como el Profeta que aserrado llora?
¿Viste los serafines que le cubren
Y a tus divinos ojos le descubren?

» Viste entre el humo pardo y negro velo
Del alto monte la sagrada lumbre,
Crugir los vientos, atronar el cielo,
Relampaguear su inaccesible cumbre?
¿Viste del templo de tu sabio abuelo
La blanca niebla fuera de costumbre?
¿Viste a Dios cara a cara, Esposa mía,
Que tu luz vence al que la presta al día?

» ¿Qué has visto, Virgen llena de hermosura,
Que así deslumbras con tu luz divina?
¿Qué tienes, hermosísima criatura,
Que excede a todo cuanto se imagina?
¿Ciega la lumbre de tu lumbre pura
Cual la del sol al que se le avicina;
No sé qué tienes, gloria de la tierra,
Y sé que algo de Dios tu pecho encierra.

» Eres la zarza verde y encendida,
Que verde, aunque encendida, se quedaba?
Eres el carro, en que en ligera huida
El justo celador a Dios volaba?
Eres Jerusalem de Dios querida,
Que de un muro de fuego la cercaba?
Eres el horno de la ardiente brasa,
Que alumbrando y ardiendo no se abrasa?

» Adorada Señora, di quien eres,
Si lo merece quien tu rostro adora,
Pues en gracia y belleza te prefieres
A cuanto el cielo mira y el sol dora;
¿Angel bello entre todas las mujeres,
Entre todos los angeles Señora,
Paraíso de amor, amor del cielo,
Cielo de gracia, gracia y bien del suelo.

— « José querido, dice, amado Esposo,
Mirad que soy quien ama vuestro gusto,
Mirad que soy quien con amor dichoso
Os ama por esposo noble y justo.
¿Por qué estáis de mirarme temeroso?
Dejad la admiración, dejad el susto,
Que vuestra esposa soy, vuestra María,
Y vos el bien que estima el alma mía.

» Salgo de la oración, en que me ofrezco
El cielo mas favores que merezco,
Que Dios a los humildes favorece,
Y a mí porque, aunque indigna, lo apetezco;
Vuestra amorosa lengua me engrandece,
Y yo a serviros, mi José, me ofrezco;
Mandadme, Esposo amado, dueño mío,
Padre y señor de quien mi honor confío.

» Venis, José y amado compañero,
Del trabajo ordinario fatigado?
¿Estáis cansado, Esposo verdadero,
De ver que mas que suelo me he tardado?
Descansad, mi señor, con ver que os quiero
Como al alma que alegre os he entregado,
Perdonad mi tardanza, prenda amada,
Que no os querría disgustar en nada.

» Jamás tuve intención de disgustaros;
Temí las ocasiones de ofenderos;
Jamás dejé, cual debo, de estimaros,
Y, como vos sabéis, obedeceros.
Quisiera, amado Esposo, regalaros
A medida del gusto del quereros.
Perdonad si no os sirvo como es justo,
Y ved que es justo que perdona el justo.

En esto la bellísima princesa
Con alegría y celestial agrado
Apareja la pobre limpia mesa
Para su Esposo bienaventurado;
Él alegre y suspenso se embelesa
A la voz dulce del encanto amado,
Y admira absorto la humildad profunda
De quien no tuvo ni tendrá segunda.

Ella, como otra Marta, solicita
Del cansado José la corta cena;
Él mira en su nevada frente escrita
La luz, que de sí propio le enajena;
Ella, del que el eterno pecho habita
Enriquecida y de su gloria llena,
El regalo previene al Varón justo,
Procurando agradarle y darle gusto.

Los ángeles se admiran y suspenden
De ver que José goza glorias tantas,
Y servile a su mesa ya pretenden,
Por gozar mas de las personas santas;
Y de la Reina, en cuyo amor se encienden,
Las alas ponen a sus bellas plantas,
Sirviendo todos al Varón dichoso,
De Dios nutricio, de su Madre esposo.

Trae la comida el Angel de la tierra
Como el del cielo en los pasados días
La trujo alegre en la desierta sierra
Al venerable celador Eneas;
Trae el pan vivo que en su vientre encierra,
Pan que da al cielo eternas alegrías;
Trae el cordero en su amor asado
Y el ave de su nido deificado.

Trae para el cuerpo la guisada cena,
Aderezada por sus bellas manos;
Siéntase al lado del que el cielo ordena
Que sirvan los divinos cortesanos;
Come José entre su luz serena
Bocados para el alma soberanos,
Y con la pobre cena alegre mata
La hambre heredada de la madre ingrata.

Come José y queda satisfecho,
Mirando el rostro a quien honor se debe;
Ella alimenta el cristalino pecho,
Hecho de rosas y de blanca nieve;
Entra a José la cena en buen provecho,
Mas soberana, aunque tan corta y breve,
Que la que dió Cleopatra a Marco Antonio
Ni Asuero en su primero matrimonio.

Dan gracias al Señor que se la ha dado,
Y con alegres muestras de alegría
Pide la Virgen a su Esposo amado
Descanse del trabajo de aquel día;
El, obediente al celestial mandado,
Se aparta de su amada compañía,
Buscando alivio del trabajo grave
Entre los brazos de Morfeo suave.

La Virgen se recoge en su aposento
Reverenciando el sumamente Santo,
Gozando alegre el sin igual contento
Que le inspira en su vientre sacrosanto;
Adora con humilde encogimiento
Al infinito ya abreviado tanto,
Pretendiendo que le halle el alba fría
Adorando al Criador, que adora y cria.

Desea que salga el padre de Faetonte,
Y que esparciendo su benigna lumbre,
Vuelva de plata el río, de oro el monte,
Y que el desierto y el poblado alumbre;
Desea que salga al cándido horizonte
Para subir por la soberbia cumbre
De las montañas de la gran Judea,
Que a su preñada prima ver desea.

En esto y su oración entretenida,
Se reclinó sobre la pobre cama,
Y gusta el sueño verla así rendida,
Porque hasta el sueño su descanso ama;
Luego la escuadra angélica escogida,
Para servir la que venció a su fama,
Hacen cuerpo de guardia al cielo santo,
Mandándose que aquí dé fin al canto.

CANTO IX.

De la Visitación.

Las bellas damas de la España nuestra
Usan hacer de sus soberbias galas
Gallarda ostentación, vistosa muestra,
Como el payon de las pintadas alas;
Y cada cual bizarra mas se muestra,
Porque París afrente a Juno y Pallas,
Procurando mostrar sus gracias sumas,
Aunque mendiguen las ajenas plumas.

¿Qué es ver sus gasas mas que ellas sencillas,
De los sopillos celosias formadas,
Ajoecas, brazaletes y manillas,
Orejeras, zarcillos y arracadas,
Argollas, collarajos, gargantillas,
Cadenas, perlas, piedras, oro, espadas,
Sartas, brinquinios, broches, cabestrillos,
Pomas y frascos, ámbar y anillos?

Pues, ¿qué las arandelas tembladoras
Al viento del celebro que las mueve,
Adornando de las Medeas traidoras
Las falsas rosas y comprada nieve?
¿Qué es ver ya santas muchas pecadoras
Con el honor que a la virtud se debe,
Con las diademas con que el mundo loco
Corona ciego a quien estima en poco?

¿Qué es ver de sus cabezas los jardines,
Las nuevas invenciones de tocados,
Los ricos, mas que honestos, faldellines
Por los prostrados gustos inventados?
¿Qué, vueltos herraduras los chapines,
Y los grillos de corcho mas pesados?
¿Qué sus brocados, telas, escarlata,
Marfil, grana, coral, seda, oro y plata?

¿Qué es conocer deste animal, que admira
Por gallardo, gentil, sabio y hermoso,
Que es lo mas del certísima mentira,
Y ninguno mas que él menesteroso?
Dígalo el que devoto mas le mira,
Y dirá que es un monstró artificioso,
Un ave toda pluma, y esa ajena,
Garras de arpa, canto de Sirena.

¿Qué es ver vueltas en galas las prisiones,
Las argollas, los grillos y cadenas,
Que inventaron por penas las naciones
Por sujetarlas para hacerlas buenas?
Y qué es mirar las nuevas invenciones
Con que se doblan sus antiguas penas?
Porque traer cabestros y herraduras,
No son de esfinge enigmas muy oscuras.

Llama el latino al mujeril ornato
Mundo, y en esto mi concepto fundo;
Pues siendo la mujer vivo retrato
Del que la hizo con saber profundo,
Busca con ansia loca y pecho ingrato
Las galas espereadas por el mundo,
Siendo del mundo un breve mapa y cifra,
Que en sí contra su autor un mundo cifra.

Trae de las Indias piedras, plata y oro,
Del mar aljofar, perlas y corales,
De la madre común hurta el tesoro
De entre los cofres de su minerales;
Pide al árabe rico y indio moro
El vario olor de flores y animales,
Ambar a la ballena, al gato algalia,
Al Flándes martas, y cristal a Italia.

Pide el calzado a Córdoba y Valencia,
A Tajo el agua, mantos a mi tierra,
A Milan telas, granas a Florencia,
Y color rojo a la nevada sierra;
El señorío y vidrios a Venecia,
El lienzo luterano a Inglaterra,
Las secas heces a las secas cubas,
Y para el rostro las pasadas uvas.

Sus unguentos, sus mudas y mudanzas,
Sus vinos, aguas, polvos y legías,
Vanidades, tormentas y bonanzas,
Lágrimas, presunciones y porfías
No es bien las digas, aunque las alcanzas,
¿Oh musa! que es perder mis posos días.
Oye de Orfeo la funesta queja:
Lo dicho basta; lo demás te deja.

« Oh religion divina, pura y casta,
Del cordero de Dios amada Esposa,
Contenta con el paño y jerga basta,
Y con el lino toscos mas hermosa!
¿Quién a alabarte dignamente basta,
Piedra engastada en la virtud preciosa,
Luz escondida, celestial tesoro?
Tus rejas beso, y tu pureza adoro.

Divina musa, vete poco a poco.
¿Para qué a decir mal me persuades?
¿No echas de ver que me tendrán por loco,
Y a las dichas quizá por no verdades?
De nuevo humilde tu favor invoco,
Y no para decir mas libertades,
Sino porque me vuelvas al camino,
Que le perdí, y cual ciego desatino.

Que yo, como tú sabes, no querría
Decir mal de las damas españolas,
Que son en hermosura y gallardía
En todo el orbe, como Fénix, solas.
Turbóse el mar, escurecióse el día,
Perdi mi norte entre las negras olas,
Di en un bajío, donde tristemente
Me han de tener por necio y maldiciente.

Mas ya que miro de tu clara estrella
La luz que me promete favor cierto,
Siguiendo el resplandor que sale della,
Volveré ufano al ya perdido puerto;
Seguiré alegre mi derrota bella,
Proponiendo enmendar el desacierto,
Y del hecho perdón humilde pido,
Si es que decir verdades yerro ha sido.

Digo que entre las galas del tocado
Usan de Persia las gallardas damas,
Después de hacer de su cabello amado
Lazos de amor y redes de sus llamas,
Después de haber en ellas trasplantado
Flores de olor entre las rubias ramas,
Poner encima un pie de perlas y oro,
Que huella ativo su mayor tesoro.

Hacen remate a toda su belleza
Con el pie en el tocado enriquecido,
Y con el así puesto en la cabeza
Muestran la sujeción a su marido;
Entre las galas de mayor riqueza
Por la mas rica aquesta han escogido,
Con los pies sus cabezas coronando,
Y a los que suyas son reverenciando.

De las mujeres no se estima en tanto
La rara honestidad, la beldad rara,
La gracia y discreción que causa espanto,
La gentileza ni la sangre clara,
Como la sujeción al yugo santo
Del que por su cabeza Dios declara,
Ley inviolable de su gusto haciendo,
Sin voluntad la suya obedeciendo.